

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

# Perder el tiempo

**ICONO •**

# Índice

Prólogo	5
Introducción	11
MATANDO EL TIEMPO	15
Poema que comienza en junio	17
Poema escrito en julio	19
El asesino del tiempo	20
Temporal	21
Poema escrito en octubre	22
Poema de fines de octubre	24
<i>Carpe, collige, vetus</i>	25
Destiempo	28
Las horas muertas	30
De los muchos nombres de ella	32
Simona en el mar de Castelsardo	34
Contribución para que no se olvide el nombre del olmo	36
A un viejo edificio en el que el poeta habitó...	38
Aquí lejos	40
Canción del mastín solitario	42

DÍAS DE ROSAS Y ESPINAS	45
Otoño	47
Herida	48
De todos es sabido	49
Negro túnel de angustia	51
Balada	52
Tarde	53
Nocturno	54
Nocturno antiguo	56
Estos son los versos que no te mereces	57
Relámpagos	59
Palabras al viento	61
En las bolsas	63
Alguna vez	65
Ese desconocido	67
Esquizo	69
Testo	71

# Prólogo

Por GUSTAVO MEJÍA

Hubo momentos durante mis estudios en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes en los que llegué a odiar a Eduardo Camacho. Con ese odio contenido y tonto con el que tantos estudiantes hemos odiado a maestros que nos exigen más cuando ya creemos haberlo dado todo; que nos muestran una interpretación más sencilla y elegante de un poema del que nosotros nos hemos vanagloriado de haber hecho la lectura de-fi-ni-ti-va. Pero esos eran solo unos momentos, porque también hubo momentos en que sentía una envidia profunda por su maravillosa memoria y su capacidad de recordar poemas enteros sin fallar una pausa; envidia profunda por su capacidad para encontrar los lazos más sutiles entre la realidad y la poesía, que yo solo veía cuando él me los hacía ver; envidia profunda porque ya, al parecer, lo había leído todo, mientras yo me quemaba las pestañas para completar lecturas obligatorias. Pero la mayor parte del tiempo no podía más que admirar y agradecer al Maestro que nos guiaba sin imponer, que nos desafiaba a ser mejores y que era capaz de ser maestro sin dejar de ser amigo.

El inicio de la labor pedagógica de Eduardo coincidió con un momento de gran importancia e interés en el mundo cultural colombiano. Es la época de la renovación en las artes plásticas encabezada por pintores como Roda (a quien lo unió siempre una estrecha amistad), Grau y Obregón, por mencionar solo a tres de ellos, renovación impulsada por Marta Traba, quien se convirtió, igualmente, en la maestra de varias generaciones de artistas plásticos, trayendo consigo una nueva concepción de la crítica y apoyando a los nuevos contra una estética que se aferraba desesperadamente al siglo XIX.

Es la época cuando los estudios históricos recibían un impulso y una amplísima difusión, gracias al surgimiento de una concepción científica de la historia que superaba a otra que por entonces todavía insistía en ver el devenir histórico como un rosario de individuos cuya única relevancia era la afiliación a tal o cual partido político. Camilo González, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Álvaro Tirado Mejía, al igual que otros más, estaban transformando la lectura de la historia del país y dándonos los instrumentos intelectuales que nos hacían falta para reinterpretar nuestra cultura.

Es la época cuando en la escena literaria, nuevas figuras —García Márquez, Mutis, Cepeda Samudio, entre otros tantos— luchaban por sobresalir en un ambiente

que no dejaba morir al costumbrismo, que se aferraba a la imitación del modernismo y al piedracielismo, y en el cual la crítica literaria no era otra cosa que la opinión basada más en la amistad con el autor que en la lectura de los textos. En este ambiente, Eduardo introdujo en Colombia una manera diferente de leer literatura. Una manera de leer que empezaba en el texto. En sus clases y sus escritos sobre literatura colombiana introdujo conceptos básicos de una crítica diferente: estructura, paralelismos, polisemia e intensificación semántica, apertura, intertextualidad. Conceptos que ponían tanto al texto como al lector en el centro de la experiencia literaria, propios de teorías que rechazan el impresionismo y favorecen la lectura racional, apoyada en la evidencia que se contiene en el texto mismo.

Y, sin embargo, Eduardo no era un formalista. En efecto, la complejidad de sus lecturas y de sus lecciones emanaba de su habilidad para estudiar la forma dentro de un contexto histórico y social, sin caer en el maniqueísmo de algunas lecturas sociológicas. El rigor de la lectura textual se afanzaba en su convencimiento de que la obra literaria es un producto social y, por tanto, sometido a tensiones semejantes a las que afectan a otras actividades humanas.

De esta manera, Eduardo Camacho se insertó en el movimiento de renovación cultural de ese momento y

creó las condiciones para que un grupo significativo de sus estudiantes, armados con sus enseñanzas, salieran a la palestra cultural de Colombia a dirigir obras de teatro, museos, centros culturales y colecciones artísticas; fundar editoriales, escribir novelas y poemas, publicar libros y crear revistas; incursionar en la televisión, actividades que prácticamente habían estado restringidas a unos pocos.

Pero si Eduardo desafiaba a sus estudiantes, no era menos exigente consigo mismo. Por ello aceptó el desafío que solamente unos pocos críticos se atreven a hacerse y afrontar con éxito: pasar de la teoría a la práctica y hundir la mano en la creación literaria. El primer texto suyo de creación literaria que leí fue una inédita autobiografía, cuyo manuscrito debe estar en alguno de sus cajones. Con la honestidad y la humildad que son necesarias en este género, Eduardo hacía una radiografía no solo de su vida como estudiante, sino también de su generación y de la sociedad bogotana, sus prejuicios, sus limitaciones, sus pequeñas grandezas y se autodefinía como un extranjero en cualquier lugar donde estuviera, idea que reaparece de una u otra forma en muchos de sus textos literarios.

Luego vinieron sus novelas, *Sobre la raya* (1985), *Aquellos años rojos* (1990) y *Los cuadernos de Souto* (1996). Pero entre una y otra, la poesía, siempre, fue el lugar donde

Eduardo consiguió expresar lo más profundo de su experiencia humana.

En su momento había leído algunos de los poemas incluidos en *Perder el tiempo*: uno sobre el viejo edificio de Middlebury College donde Amalia Iriarte y yo recibimos de él algunas de las mejores lecciones de amistad y literatura. Otro, sobre una joven sarda en el que su condición de *outcast* se extiende a la dimensión del tiempo: «Me doy cuenta ay Simona de que yo no estoy / dentro de ese espacio en el que se detiene el tiempo» y en el que ya se intuía la temática central de este libro: «el transcurso inexorable». Porque, en su conjunto, la obra poética de Eduardo aquí incluida confirma que hablar del tiempo es, necesariamente, hablar de ella, «la que no quiero nombrar», cuyos múltiples nombres explicita y esconde en un poema para evitar reconocerla.

En *Perder el tiempo*, Eduardo Camacho echa mano de los más finos recursos de la gran poesía: la ironía (el tiempo, ni se pierde ni se mata, sino todo lo contrario); la intertextualidad que hace de la experiencia personal un patrimonio de todos, como en el «Nocturno» en el que reinventa la pasión de Rubén Darío, pero que está visible aquí y allá en múltiples referencias tanto a la literatura como a la cultura popular; la paradoja, que esconde y que revela: «Que solo estaba, eso sí que



cierto era / y no recuerdo si aún solo también, / pues entre sólo y solo / no solo no sé bien la diferencia / sino que sé que nunca la sabré»; el simbolismo explícito de la descripción de un viejo edificio: «Tú y yo / en los últimos pasillos / antes de que venga / el camión de la basura»; otoño, verano, hojas que caen, metáforas centrales del decurso del tiempo. Soledad, pathos, amor y muerte; en fin, los grandes temas.

Y es por eso por lo que hoy, después de leer y releer este su libro de poemas, he tenido que volver a odiar a Eduardo. Con un odio más dulce, más, mucho más triste. Por no seguir perdiendo el tiempo con y para nosotros. Por demostrar —¡maldita sea!— que «la palabra volver no significa».

*La Ceiba*, Quimbaya  
Febrero de 2019

# Introducción

Por KIM GRIFFIN

Eduardo Camacho fue profesor, crítico literario, novelista, ensayista, dramaturgo, historiador y, sobre todo, poeta. Escribió poemas constantemente: apuntaba versos por cualquier medio que encontraba a mano. Muchas mañanas antes de levantarse me hablaba de algún verso o idea poética que había soñado, semi-soñado o creado durante el insomnio que padeció en sus últimos meses. Vivía la poesía, su poesía era una cronología (o, tal vez, un cronotopo) de su vida; de sus amores y desamores, de sus lugares de residencia («en la tierra») y de la naturaleza de flora y fauna que lo rodeaban.

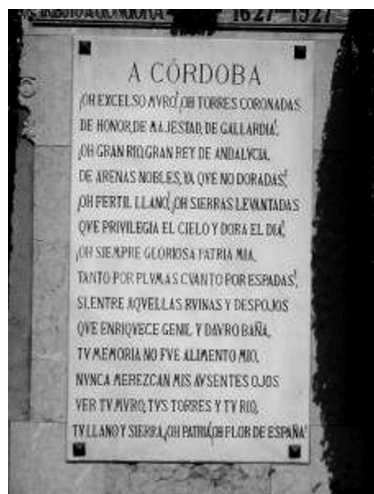
No es casualidad que su mejor aporte a la crítica literaria fuera un libro titulado *Neruda: Naturaleza, historia y poética*. Neruda ejerció una influencia significativa sobre Eduardo y sospecho que más que influencia fue confluencia entre dos poetas ligados de forma estrecha a una humanidad definida por sentimientos hondos nacidos de unas creencias firmes respecto de

la condición humana, de su condición política, social y natural.

Siempre pensé que lo mejor que escribía Eduardo era la poesía. Él nunca me creyó. Quiso ser novelista. Y creo que al final fue novelista, pero a través de sus poemas. En cada poema se intuye una novela. Ojalá hubiera escrito novelas inspiradas por sus poemas.

Los poemas que se encuentran en este libro, cuyo título original era «Matar el tiempo», abarcan un periodo de tiempo largo. Parecen una búsqueda larga y pausada a la pregunta que hizo su compadre de la poesía, Neruda: «Y cuánto vive?». En todo caso, cuanto más se daba cuenta de su fragilidad vital, más intensa se volvía su respuesta poética ante aquella pregunta.

Dos días antes de su muerte, paseábamos por la ribera del Guadalquivir en su última residencia, Córdoba. Nos detuvimos frente al Puente Romano y, de pronto, Eduardo recitó el soneto completo de Góngora tallado en el muro, no porque lo pudiera leer, sino porque se lo sabía de memoria... una memoria poética que no falló nunca:



*¡Oh excelso muro, oh torres coronadas  
de honor, de majestad, de gallardía!  
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,  
de arenas nobles, ya que no doradas!  
¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas,  
que privilegia el cielo y dora el día!  
¡Oh siempre gloriosa patria mía,  
tanto por plumas cuanto por espadas!  
Si entre aquellas ruinas y despojos  
que enriquece Genil y Dauro baña  
tu memoria no fue alimento mío,  
nunca merezcan mis ausentes ojos  
ver tu muro, tus torres y tu río,  
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!*

## EL ASESINO DEL TIEMPO

PERO sin embargo no obstante a pesar de todo  
este caer este minuteo  
continuiimplacablentísimo  
esta gotachina  
estos volúmenes de gris algodón que espesos configura  
en donde moverse es tristísimo y fútil ejercicio

mi tiempo va a lo suyo y semana a lo sumo  
semana en mis costuras respuntea  
ese tiempo que este respetuoso ciudadano  
presa de la esperanza tiene que matar  
chapotea empantanado tiempo grillete

ah he de hacerlo por desgracia lentamente  
con mis cansadas manos al cuello de su transparencia  
de botella sucia enemigo implacable  
para quien la muerte  
no es más que la derrota de su propio asesino

## TEMPORAL

LA palabra volver no significa  
no hay regreso retroceso  
no hay vocablo más absurdo  
que el vocablo contratiempo  
no es posible no llegar  
pero tal vez no a donde queremos  
no puedes meter en la botella el vino derramado  
ni hacer retornar los gruesos cables de la lluvia  
ni que nuestra sombra regrese a recoger el día perdido  
ni puedes lograr que el río retorne  
no se puede renada en suma

## POEMA DE FINES DE OCTUBRE

BAJO la ventana  
nadie  
y más allá  
solo el aire

solas las cosas solos  
los montes que ondulan  
a lo lejos solo el campo  
solos estos árboles

hay un anciano muy triste  
que busca el sol  
en la calle

solos este anciano y yo  
y más allá  
solo el aire

## DESTIEMPO

LOS relojes no se percataron  
todos seguían con sus soles sus cuerdas  
sus pesos sus ruedecillas y sus pilas convencidos  
tal vez a alguno le extrañó que no llegara  
pero como para ellos esa hora  
en nada difería de otras horas  
siguieron desgranando su maíz soltando sus granos  
tontamente sus pasitos de ratón interminable  
y sus campanas presuntuosas  
como si no pasara nada

y la verdad no podía ser más exacta  
es que no pasaba nada Nada

como caballo que se queda sin jinete  
pero sigue corriendo sin saberlo  
estaban descabalgados, ridículos,  
marcando lo que no tenía marca posible  
midiendo la inmesura la desmesura  
la eternidad en suma de un segundo

el tiempo se hacía el desentendido  
sin hacerles ni siquiera un guiño  
y los relojes  
de arena de sol de sal de piedra de rayitos  
/ mediaslunas solnacientes seguían



desconcertados anacrónicos  
en aquel mismo minuto y los siguientes  
creyendo que avanzaban  
mas aquella hora jamás nunca llegaba  
era una hora terca rehusaba salir del corral  
amagaba y no embestía  
jamás llamaba por teléfono  
y no cumplió una cita hasta su muerte  
a la cual por cierto llegó tarde  
envejecida cansada y fuera de lugar

pero no acaba ahí lo malo del asunto  
aquella era la hora de mi vida  
la irrepitable la de por fin la lotería  
y yo no veía la hora en que llegara  
esa maldita hora  
que tenía el secreto de mi felicidad y fortuna  
y a todas partes iba preguntando  
¿qué hora es? ¿llegó la hora?  
y la llamaba ahora ahorita

mucho tiempo después llegué a saberlo  
cuando ya no tenía importancia alguna  
alguien olvidó pintar de verde  
la pobre hora que quedó en el limbo

## DE LOS MUCHOS NOMBRES DE ELLA

EL otro nombre del placer es el olvido  
la otra cara de la nostalgia el hastío  
y un bostezo el anverso del amor  
mas algo alguien alguna cosa aquello  
se llama con todos los nombres que pueden existir  
usurpa todos los alfabetos  
se esconde bajo todas las palabras de los diccionarios  
aun las más corticas  
se hace llamar amor placer bostezo hastío  
roberto juanantonio nabucodonosor pachito  
fuego puerta perra paraíso parca metástasis  
para por según sin sobre tras  
dama miocardio luna bendición reposo asesina  
guadaña cielo garabato loba sueño losa  
pérdida júbilo hígado ramera sombra  
polvo enamorado  
suele disfrazarse con el nombre de su madre  
y así la llaman  
la otra  
la mejor  
la eterna  
la celestial  
la alta  
la del más  
allá

pero siempre más acá  
en cualquier esquina  
a la hora  
menos pensada  
en el bolsillo de la camisa  
la garganta o la entrepierna

sobre todo se aloja  
en un lugar bajo el pecho  
el mismo donde tiene su guarida  
su predilecta víctima

## SIMONA EN EL MAR DE CASTELSARDO

TU mata de pelo oscuro impertinente tu perfil turba  
un perfil labrado en moreno aire de granito de estas  
/ rocas

que avistaron la quilla del griego del fenicio  
y su planta sedienta sufrieron cuando la luz  
era tan joven como tú que hoy de pie  
cantas con sílabas blancas  
ay Simona con el viejo mar tu padre al fondo  
poblado de orgullo  
sonriendo como tú relámpagos de espuma  
el tiempo se detiene a escuchar  
tu voz que sedujo al astuto Odiseo  
y no vuela puede vérselo  
ahí embelesado  
tal vez olvidado de su incalificable oficio  
de llevarnos a todos a la huesa  
y yo me ilusiono pensando que al fin  
me ha sido dado contemplar al tiempo en calma

mas al gozar de esa eternidad  
que en este mar se concentra cuando una muchacha  
morena canta con su voz ronca que se pierde  
silabeando entre la espuma  
una canción en el idioma  
antiguo de las piedras y el viento

me doy cuenta ay Simona de que yo no estoy  
dentro de ese espacio en el que se detiene el tiempo  
los latidos de mi corazón emocionado  
pautan el transcurso inexorable